



Revista: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas

Año: 2007

Número: 78

ISSN edición impresa: 0187-182X [Versión impresa]

ISBN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas, 78 (2007). <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3506>

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución:
departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



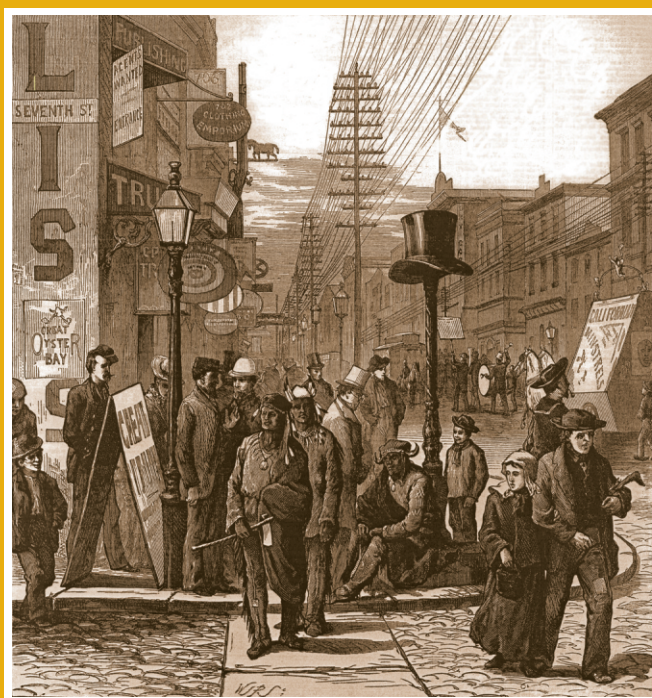
INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

HISTÓRICAS

ENERO-ABRIL 2007



Alicia Mayer
Directora

Miguel Meléndez
Departamento de Cómputo

Alfredo Ávila
Secretario académico

Miriam C. Izquierdo
Secretaria técnica

Javier Manríquez
Departamento Editorial

Rubén Olmedo Ponce
Secretario administrativo

Carlos García López
Coordinador de Biblioteca

Ramón Luna Soto
Asesor editorial

Investigadores

Claudia Agostoni, Berenice Alcántara Rojas, Alfredo Ávila, Alicia Azuela de la Cueva, Tiziana Bertaccini, Johanna Broda, Rosa de Lourdes Camelo, Víctor M. Castillo Farreras, Felipe Castro, José E. Covarrubias, Rodrigo Díaz Maldonado, Iván Escamilla González, María José García Quintana, Amaya Garritz, Virginia Guedea, Patrick Johansson K., Ana Carolina Ibarra, Miguel León-Portilla, Janet Long Towell, Teresa Lozano, Leonor Ludlow, Pilar Martínez López-Cano, Carlos Martínez Marín, Álvaro Matute, Alicia Mayer, Ivonne Mijares Ramírez, José Luis Mirafuentes, Sergio Miranda Pacheco, Josefina Muriel, Federico Navarrete, Sergio Ortega Noriega, Guilhem Olivier, Patricia Osante, Miguel Pastrana, Enrique Plasencia de la Parra, Ignacio del Río, J. Rubén Romero Galván, Javier Sanchiz, Elisa Speckman, Marcela Terrazas, Ernesto de la Torre Villar, Jorge E. Traslosheros Hernández, Evelia Trejo, Iván Valdez Bubnov, Carmen Vázquez M., Silvestre Villegas Revueltas, Gisela von Wobeser, Carmen Yuste

Técnicos académicos

Rosalba Alcaraz Cienfuegos, Fernando Betancourt M., Cristina Carbó, Katia M. Cortés, Rosalba Cruz, Alfredo Domínguez Pérez, Carmen Fragano, Carlos García López, Alonso González Cano, Miriam Izquierdo, Roselia López Soria, Javier Manríquez, Miguel Meléndez, María Teresa Mondragón Reyes, Salvador Reyes Equiguas, María Luisa Reyes Pozos, Israel Rodríguez, Ricardo Sánchez Flores, Juan Domingo Vidargas del Moral

HISTÓRICAS

Alicia Mayer
Directora

Enrique Plasencia de la Parra
Editor

Rosalba Alcaraz
Secretaria de redacción

Comité editorial
Johanna Broda
Rosa de Lourdes Camelo
Janet Long Towell
Teresa Lozano
Álvaro Matute
José Luis Mirafuentes
Elisa Speckman
Ernesto de la Torre Villar

Portada e ilustraciones: Filadelfia durante la exposición del Centenario, *The Illustrated London News*, 13 de mayo y 24 de junio de 1876. Para cualquier asunto relacionado con *Históricas*, favor de dirigirse a: Dra. Alicia Mayer/ Dr. Enrique Plasencia de la Parra, Instituto de Investigaciones Históricas, Circuito Maestro Mario de la Cueva, Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F. Teléfono y fax: 5665-0070. Página electrónica <www.iih.unam.mx/>. Composición electrónica: Sigma Servicios Editoriales, en tipo Goudy OlSt BT de 11:12, 10:11 y 9:10. Impresión: Hemes Impresores. Tiraje: 500 ejemplares. Portada: Mercedes Bulit. Edición al cuidado de Rosalba Alcaraz.

HISTÓRICAS 78

BOLETÍN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM. ENERO-ABRIL 2007. ISSN 0187-182X

CONTENIDO

PRESENTACIÓN.....	2
-------------------	---

ENSAYOS

Don Edmundo O'Gorman, historiador y maestro revolucionario <i>Josefina Zoraida Vázquez</i>	3
---	---

O'Gorman: algunas lecciones del maestro hereje <i>Federico Reyes Heróles</i>	11
---	----

Recuerdo de Edmundo O'Gorman <i>Alberto Dallal</i>	16
---	----

REIMPRESOS

Cine y moralidad <i>Alejandro Galindo</i>	20
--	----

La censura cinematográfica pone en evidencia a México <i>Alejandro Galindo</i>	24
---	----

NOTAS DEL IIH

<i>Eventos académicos</i>	27
---------------------------------	----

PUBLICACIONES

<i>Novedades editoriales</i>	28
<i>Reimpresiones</i>	30

PRESENTACIÓN

En este número publicamos tres ensayos presentados en el Homenaje a Edmundo O’Gorman, que se realizó en la sede del instituto el 24 de noviembre de 2006, año en que se conmemoró el centenario de su nacimiento. Los textos de Josefina Zoraida Vázquez, Federico Reyes Heróles y Alberto Dallal nos iluminan sobre uno de los historiadores mexicanos más controvertido, original y admirado de la pasada centuria. Sus diferentes facetas —como profesor, investigador y erudito— y su gran capacidad para la polémica son tratados en estos trabajos. En el siguiente número de *Históricas* publicaremos otros dos ensayos sobre este insigne historiador.

En la sección Reimpresos publicamos dos artículos (1939) del cineasta Alejandro Galindo, en donde expone cuáles son, a su juicio, las deficiencias del cine nacional, en las que destaca la falta de una regulación de la censura por parte del gobierno. En el siguiente número de *Históricas* publicaremos la respuesta que dio el gobierno de Lázaro Cárdenas y las consideraciones que ofrece Galindo sobre dicha respuesta.

EL EDITOR

Don Edmundo O’Gorman, historiador y maestro revolucionario

Josefina Zoraida Vázquez
El Colegio de México

Sin haberse profesionalizado, la historiografía mexicana había tenido buenos historiadores, pero siempre fueron ejemplos singulares. El estudio del pasado, como en otras partes, estuvo limitado por afanes de justificación (la Colonia, la Independencia o los fracasos del Estado mexicano), o bien por el intento deliberado de contribuir a la consolidación del Estado-nación. Desde el establecimiento del Estado mexicano la necesidad de justificar la independencia dio lugar a interpretarla como la recuperación de la libertad perdida con la conquista y a negar el pasado virreinal. Esta interpretación dio origen a una controversia entre las posiciones políticas que defendían los distintos proyectos de nación. No obstante, hacia fines de siglo XIX, el evolucionismo de Justo Sierra permitió aceptar el pasado mexicano en su totalidad. Por desgracia, el planteamiento de reivindicaciones sociales con la Revolución Mexicana hizo reaparecer la cuestión de las raíces y surgir un indigenismo y un hispanismo maniqueos que obstaculizaron el estudio del pasado. De esa manera, durante los años veinte y treinta dominó el extremismo que despertó reflexiones sobre la cultura mexicana y los mexicanos, tales como la de Samuel Ramos (1934), *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz y los ensayos del movimiento de México y lo mexicano.

Don Daniel Cosío Villegas había fundado el Fondo de Cultura Económica en 1934, y aunque su objetivo inicial era traducir y publicar libros de economía, no tardó en extenderlo a grandes obras de historia y filosofía y otras áreas del conocimiento, en especial con la llegada de los intelectuales españoles desplazados por el triunfo del franquismo acogidos por el gobierno en la Casa de España en México, transformada en 1940 en El Colegio de México. Los transferrados, como los llamaría don José Gaos, le inyectaron nueva savia a la cultura mexicana y obligaron a los mexicanos a empezar a retomar el pasado con nueva mirada. El establecimiento del Instituto de Antropología e Historia, el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México y los institutos de Investigaciones Históricas e Investigaciones Estéticas de la UNAM favoreció el proceso y la profesionalización de la historia.

De todas maneras, la historiografía mexicana continuó enferma de los extremismos maniqueos. Indigenistas e hispanistas persistieron en la negación de una parte del pasado y para los años cuarenta se concentraron en una ridícula bús-

queda de huesos. La mayoría de los historiadores estaba convencida de la posibilidad humana de llegar a la “verdad objetiva”, con el simple hecho de buscar documentos. Por entonces, Edmundo O’Gorman renunciaba a una década como exitoso abogado, para seguir su vocación. Según don Justino Fernández, don Edmundo, su amigo de toda la vida, había heredado de su madre “los destellos del intelecto, mientras que de su padre, Cecil, finísimo pintor, el gusto por el arte y el sentido estético”.¹ Los dos compartían la pasión por la historia y por el arte y estaban fascinados por el pasado virreinal y las raíces prehispánicas, por lo que emprendían excursiones para visitar iglesias, conventos y ruinas y hasta hicieron un “experimento de vida monacal” en las celdas del convento de Acolman. Las mismas inquietudes los llevaron a fundar la editorial Alcanía para imprimir “obrillas breves de poesía” y, más tarde, libros de más envergadura de literatura, historia y filosofía. Entre ellos estuvieron sus primeros pininos de historia, como el ensayo *Santo Tomás Moro en la Nueva España*.² No obstante, don Edmundo decidió estudiar la carrera de Leyes en la Escuela Libre de Derecho, donde enseñaban los mejores juristas y ejerció exitosamente la abogacía por diez años hasta que decidió que lo aburría y la abandonó por la menos redituable carrera de historiador en 1938.

En el momento de abandonar la abogacía tenía en su haber varios ensayos y había preparado su “Breve historia de las divisiones territoriales. Aportación a la historia de la geografía en México” para el libro conmemorativo *Trabajos jurídicos de homenaje a la Escuela Libre de Derecho. XXV aniversario*.³ Del ensayo se hizo una edición abreviada en la Biblioteca Enciclopédica Popular en 1948 y, revisada, la incluyó la colección “Sepan cuantos...” de Editorial Porrúa como *Historia de las divisiones territoriales de México* que, por su utilidad, se sigue publicando.

Colgada la toga abogadil, don Edmundo se inscribió en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y buscó una ocupación. Sin importarle la reducción notable en sus finanzas, se incorporó como historiador y subdirector en el Archivo General de la Nación, donde permaneció de 1938 a 1952, el único puesto administrativo que ocupó en su vida y que desempeñó sin fastidiosas formalidades burocráticas. Historiadores que lo conocieron por entonces, como Woodrow Borah o John Phelan, siempre recordaron con gratitud la valiosa colaboración que les había prestado. Al tiempo que se dedicaba a traducir la obra de Joseph de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias, en que se tratan de las cosas notables del cielo, y elementos, metales, plantas y animales de ellas, y los ritos*

¹ Justino Fernández, “Edmundo O’Gorman, su varia personalidad”, en Juan A. Ortega y Medina, *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968, p. 13-17.

² Justino Fernández y Edmundo O’Gorman, *Santo Tomás Moro en la Nueva España*, México, Alcanía, 1937.

³ México, Polis, 1937.

y ceremonias, leyes y gobierno, y guerras de los indios,⁴ don Edmundo se incorporó también a la enseñanza, en 1939, en la Escuela de Verano y, al año siguiente, en la propia Facultad de Filosofía. Más tarde enseñaría también en el Mexico City College, donde lo llegué a ver cuando asistía a mis clases de inglés.

O'Gorman era lector asiduo de la *Revista de Occidente* y de las obras de José Ortega y Gasset, pero las clases de don Antonio Caso lo introdujeron de lleno en la filosofía y la lectura de Benedetto Croce, de manera que la llegada del doctor José Gaos, discípulo de Ortega, representó para él un verdadero acontecimiento. La experiencia de seguir “ideas viejas y nuevas, expuestas con rigor”, redondeó su formación filosófica y su visión de la historia. Aunque se inclinaba hacia el empirismo británico de John Locke y David Hume —cuyos trabajos tradujo para el Fondo de Cultura Económica—,⁵ el seminario de Gaos lo llevó a la lectura de Descartes y del *Ser y tiempo* de Heidegger, estímulos intelectuales que él consideró esenciales.

Es posible que la preparación de la edición del libro de Joseph de Acosta le despertara el interés en el desarrollo del concepto de América. Así en 1942 veía la luz *Fundamentos de la historia de América* y en 1947, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, su tesis de maestría, ambos publicados por la UNAM. Por entonces se encontraba ya enfrascado en la ambiciosa investigación que constituiría su tesis doctoral, *La idea del descubrimiento de América*, presentada a examen el 12 de septiembre de 1951 y que mereció un *suma cum laude*⁶ del jurado examinador. La obra requirió una larga búsqueda de fuentes en bibliotecas de Estados Unidos y Europa, gracias a las becas Carnegie, John Carter Brown, Benjamin Shreeve y el Consejo Británico. Gran parte de los viajes los emprendió entonces en la búsqueda de material para su libro,⁷ más tarde se volvió sedentario y hasta me llegó a decir que viajar era de mujeres.

Pero desde su estreno como profesor, la inclinación hacia las reflexiones filosóficas de don Edmundo y su empeño por develar verdades disimuladas por largo tiempo y combatir el positivismo y la supuesta “objetividad” histórica lo hicieron blanco de los mediocres, escudados en la defensa de la historia “cientí-

⁴ México, Fondo de Cultura Económica, 1940.

⁵ Don Edmundo contribuiría con sus traducciones del *Ensayo sobre el entendimiento humano* de John Locke, *Diálogo sobre la religión natural* de David Hume, *Teoría de los sentimientos morales* de Adam Smith, *El derecho divino de los reyes* de J. N. Figgis, *Los ensayos* de Francis Bacon, la *Idea de la historia* de Collingwood y algunas otras.

⁶ Publicada como *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Imprenta Universitaria/Centro de Estudios Filosóficos, 1951 (Ediciones del IV Centenario de la Universidad de México).

⁷ Profesor honorario de la Universidad de Minnesota, 1940; Brown University, 1942-1943; Universidad de Princeton, 1946; diversas bibliotecas de Estados Unidos y universidades de Oxford, Cambridge y Edimburgo, 1947; Universidad de Texas, Austin, 1949; Simon Guggenheim Fellow (1950-1951), que le permitió investigar en la Universidad de Princeton, 1951-1952; como Benjamin Shreeve Fellow estuvo en la Universidad de Virginia. En 1953 y 1954 estuvo en el Western College, Los Ángeles, y como Will Patten Fellow, en la Universidad de Indiana, en 1958.

fica". En el mezquino contexto existente, era natural que se sintiera mejor en el medio de los filósofos que en el de los historiadores, a los que no tardó en enfrentarse y sacudir con impertinentes preguntas fundamentales sobre el sentido de la historia, el oficio del historiador y la naturaleza del conocimiento histórico. Su empeño por trascender la superficie de los hechos, explicar sus contradicciones y sacar a flote los hilos profundos que regían los acontecimientos lo convirtieron en verdadero *enfant terrible* de la historiografía mexicana, al tiempo que contribuía a abrir nuevas brechas en el pensamiento histórico. Sus obras se convirtieron en verdadero parteaguas de la historiografía mexicana. Esta afirmación puede parecer hoy en día exagerada, pues para los que no la vivieron es difícil de aquilatar la transformación que tuvo la historiografía mexicana. Al introducir nuevas perspectivas para el análisis del pasado, su cátedra despertó inquietudes en sus estudiantes y terminó por derrumbar las acartonadas formas de la historia que estaban vigentes. Como afirmaría uno de sus más dilectos discípulos, Juan Ortega y Medina, "O'Gorman tiene el mérito de haber modificado, de manera decisiva, el enfoque con el que se aborda el estudio de nuestra evolución histórica".⁸

Tengo la certeza de que sus ideas heterodoxas y el no escribir libros tradicionales,⁹ junto con su personalidad orgullosa y crítica y su gran capacidad polemista, aterrorizaron a los mediocres del gremio. Carentes de argumentos, sus enemigos lo acusaron de ser un simple filósofo que discurría sobre el pasado en forma abstracta y sin documentos, no obstante que lo contradecían sus largos años en el Archivo General de la Nación y las enjundiosas contribuciones a su *Boletín*.

De sus 89 años de vida, tuve contacto cercano con don Edmundo O'Gorman durante casi 45 años; de ser una alumna más que se atrevió a hacer la tesis de maestría bajo su dirección, pasé a ser su ayudante y sustituta durante un año sabático, antes de convertirme en amiga y colega. En mis recuerdos aparecen múltiples O'Gormans y es natural, pues en el largo trecho de tiempo hubo también grandes cambios en el país y en la Universidad. Al conocerlo a principios de la década de 1950, el país tenía apenas 26.5 millones de habitantes y la ciudad empezaba a rebasar los dos millones, de manera que era vivible y tranquila y todavía se preciaba de ser la región más transparente que nos permitía el gozo de ver los cerros y los volcanes casi todos los días. La Universidad estaba diseminada por el centro de la ciudad; la Facultad de Filosofía estaba instalada en la vieja casona de Mascarones, elegante y austera, con fray Alonso de la Veracruz presidiendo su patio principal, lugar de encuentro de un cente-

⁸ "Presentación" en Juan A. Ortega y Medina, *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O'Gorman*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968, p. 9-11.

⁹ Héctor Aguilar Camín, "Historiador para historiadores. Homenaje a Edmundo O'Gorman", en Josefina McGregor, *Homenaje a Edmundo O'Gorman*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2001, p. 104.

nar de alumnos. El país y la vida académica eran de tono menor, con mínimas ambiciones, ya que las humanidades no prometían prosperidad; no existían becas, por lo que las becas se elaboraban dando múltiples clases o haciendo tareas desgastantes. Pero la vida en la Universidad, la Facultad y El Colegio de México era más humana, no había *jet set* intelectual ni proyectos monumentales, aunque se había iniciado la construcción de la Ciudad Universitaria que se inauguraría en 1954, en un sur prácticamente despoblado. Tal vez por ello las pasiones estaban a flor de piel.

En mi recuerdo está presente la tarde de febrero de 1950 en que aterricé en Mascarones para iniciar mis cursos de historia, geografía y arte con excelentes maestros, tanto mexicanos como españoles, pero tardé en adaptarme porque mis amigos habían preferido la carrera de Derecho. Fue en mi segundo año de la carrera en 1951, al inscribirme en el curso de Historia de la Historiografía, que empecé a sentirme verdaderamente adaptada. Don Edmundo O'Gorman estaba por entonces en su madurez. Su curso de historiografía era reciente, pero a pesar de ser optativo atraía grandes números, a pesar del empeño de los coordinadores de la carrera de disuadir a los alumnos a cambiarlo por algún otro.¹⁰ En mi caso, eso sirvió de acicate para inscribirme. El temor que despertaba su fama se esfumó en el primer día de clase. Su imponente y cautivadora personalidad fascinaba a todos desde el primer momento. Don Edmundo analizaba el pensamiento historiográfico desde la antigüedad clásica hasta principios del siglo XX. Apenas aparecía, el salón de clase enmudecía ante la voz y el hilo del relato de don Edmundo quien, al llegar al punto culminante de una explicación, con deliberado intento, empezaba a buscar lentamente su cajetilla de cigarrillos y encendía uno, mientras sus oyentes sostenían prácticamente la respiración. Su maestría para analizar el pensamiento de cada historiador era tal que cada tarde nos convencía de que el analizado ese día era el más genial. Sólo después de llevar varias veces el curso, llegué a la conclusión de que sus clases más brillantes eran las dedicadas a Tucídides, San Agustín y Hegel. Mis grandes dudas sobre mi vocación histórica se esfumaron ante la convincente

¹⁰ Juan A. Ortega y Medina, en "Y va de cuento...", en *La obra de Edmundo O'Gorman. Discursos y conferencias de homenaje en su 70. aniversario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, p. 11-14, da buena cuenta de la situación: "Impartía por entonces O'Gorman la cátedra de Historiografía General, que él se había inventado, dicho sea recurriendo a su significativo lenguaje favorito, y también daba otra, todavía más *invenciosa* y paradójica sobre historia de América, que era piedra de escándalo en el rutinario rosario de clases tradicionales. Extraño profesor y raras cátedras, se pensaba y discurría con mal sofrenada cólera dentro del claustro profesional. Y hasta tal punto se encrespó la tormenta crítica que a más de un alumno se nos citó a consejo para que expusiéramos nuestras ideas sobre aquellas intolerables novedades que desde la cátedra lanzaba el incorregible profesor. Contra lo que se suponía, los alumnos, poquísimos en número, no dijimos lo que esperaban oír los celosos defensores del orden historiográfico tradicional, antes bien coincidimos casi unánimemente en que las lecciones del licenciado O'Gorman eran estupendas, profundas, bellísimas, ingeniosamente expuestas e inquietantemente problemáticas, demoleadoras. A decir verdad defendimos con calor algo que no acabábamos de entender del todo bien".

palabra de don Edmundo, y gracias a él, he podido disfrutar del ejercicio de la historia desde entonces. En 1952 se anunció que O'Gorman ofrecería un seminario, de manera que no dudé en inscribirme. Su fama atrajo un alumnado variado, tanto que, junto a los que nos iniciábamos, entraron alumnos más avanzados como Rafael Segovia, Elisa Vargaslugo y Juan A. Ortega y Medina, así como profesores como Arturo Arnáiz y Freg y Sergio Fernández. La temática del seminario en ese primer año abordó el análisis de la *Historia de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas, aunque se comparó con otros cronistas. Más tarde se dedicó a grandes filósofos de la historia, Fichte, Hegel y hasta Marx, después se privilegiaron cronistas de historia novohispana y en una ocasión se trabajó sobre las Actas de Cabildo de la Ciudad de México del siglo XVI.

Ese primer año del seminario, bajo su dirección, la lectura de fray Bartolomé resultó fascinante, tanto que a menudo rebasaba el horario asignado sin que nadie se moviera por el interés en las disquisiciones del maestro. Muchas veces ése y los posteriores seminarios se extendieron a meriendas y convites en los que su sentido del humor y su sarcasmo le daban una nota mundana a los intereses académicos.

El experimento del seminario fue tan gratificante que al año siguiente me atreví a pedirle que me dirigiera la tesis de maestría, sobre todo porque en el transcurso del mismo me había interesado en Gonzalo Fernández de Oviedo. Aunque continué en el seminario, para la revisión de la tesis visitaba a don Edmundo en su casa, una o dos veces al mes. El maestro vivía entonces en la calle de Reforma en San Ángel, una casa sobria de paredes blancas, muebles sólidos y sencillos, con cuadros modernos y bodegones pintados por él mismo, así como objetos prehispánicos y por supuesto una estupenda biblioteca. Lo recuerdo cálido y comprensivo en aquellos días que me introducía en la investigación. Para animarme a seguir subrayaba lo que encontraba bien, aunque sutilmente me advirtiera de otras posibilidades de desarrollar alguna idea. El contacto con don Edmundo me entrenó para leer textos y reflexionar sobre ellos, completar estas lucubraciones con mi imaginación y confrontarlas con otras lecturas. Fue una experiencia decisiva de mi formación que me preparó para desaprender la historia que todavía estaba vigente entonces.

El paso de la Facultad a Ciudad Universitaria en 1954 trajo novedades, pues el abandono del espléndido aislamiento facilitó la renovación de la enseñanza. La historia dejó de estar dividida en Universal y de México, y las materias de don Edmundo —Geografía Histórica, Historiografía General y Filosofía de la Historia— pasaron a ser obligatorias, ampliando su influencia. Es posible que la lucha de don Edmundo por renovar la enseñanza de la historia en la Universidad no se haya agotado debidamente, pero fue profunda y la transformó.

Después de una ausencia de dos años en España, en 1958 me reincorporé al seminario de O'Gorman y empecé a dar clase en la Facultad y en la Universidad Iberoamericana, y en 1960 me incorporé al Colegio de México. El aumento de alumnos hizo que el doctor Ortega y yo le ayudáramos a calificar

exámenes y trabajos. Cada fin de semestre, don Juan y yo comíamos en su casa para poner las notas definitivas, una experiencia inapreciable para alguien que se iniciaba. Pero la masificación de la Facultad llevó a don Edmundo a abandonar las materias obligatorias y a refugiarse en el seminario de posgrado, que consideraba la salvación de la vida académica. En efecto, el seminario y la lectura cuidadosa de textos se convirtieron en un excelente taller de formación de jóvenes historiadores, con el análisis de Alva Ixtlilxóchitl, Servando Teresa de Mier, Zorita, Gage y otros, que sembró inquietudes en los que tuvieron la suerte de seguirlos.

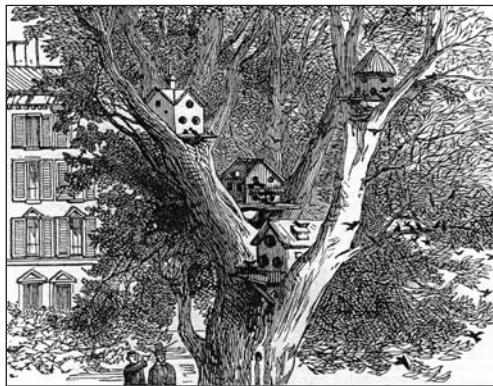
Don Edmundo desarrolló gustos y habilidades casi renacentistas: la pintura, la arquitectura, la música, la filosofía, la historia, la literatura, la geografía, el derecho, la política. Sabio y solitario, vivía frugalmente, pero como miembro del alto estrato de la sociedad mexicana, gustaba de la vida social y hacía gala de sofisticación y frivolidad. La plática más casual con el maestro cobraba un sentido profundo pues, como intelectual de una pieza, don Edmundo era ávido lector y trabajaba incansablemente en la sencillez de su celda franciscana Simmons, como describía su estudio. Aunque exigente, también era amigo cercano cuando teníamos problemas personales, de manera que quienes sufrimos la inquina por ser sus alumnos nos mantuvimos leales y casi podría decir que don Juan Ortega y yo nos sentimos orgullosos de serlo, aunque esto fue muy molesto y costoso. Don Edmundo resistió el conformismo que tanto reditúa en nuestro medio y defendió con valentía sus puntos de vista. Como un verdadero profesional, debatió con historiadores mexicanos y extranjeros, entre ellos Silvio Zavala, Marcel Bataillon, Lewis Hanke, Georges Baudot, Lino Gómez Canedo y Miguel León Portilla, a quienes su clara inteligencia, amplia cultura y diestro manejo de la argumentación, legado del ejercicio jurídico, puso en apuros.

O'Gorman nunca cayó en las redes de las modas y se mantuvo ajeno al empeño de la especialización de la segunda mitad del siglo. O'Gorman ejercía la historia sin adjetivos, toda una excepción en la historiografía mexicana. De esa manera pudo estudiar la idea de América desde el centro de la cultura universal. Por desgracia no logró contagiar su universalismo a sus discípulos, lo que ha hecho que tanto la historiografía mexicana como la latinoamericana hayan seguido siendo provincianas. Esa posición lo libró de caer en las redes del *Ariel* de Rodó, tan celebrado por los latinoamericanistas para consolarse de sus frustraciones. Don Edmundo sin piedad concluyó que, “por idealista que sea en la entraña de su ser, Iberoamérica no puede pasarse de aspirar a una prosperidad y poderío como los de su vecino Calibán”. El juicio era un grito desesperado ante una historia que parecía repetir constantemente los mismos errores, lo que lastimaba su entrañable amor a México, al que quería encauzar con sus reflexiones. En su discurso, “Del amor del historiador por su patria”, al recibir el Premio Nacional de Letras en 1972, afirmó que el mejor tributo que un historiador podía ofrecer a su patria era aceptar el pasado en su totalidad, con “la convicción madura y generosa de que la patria es lo que es, por lo que

ha sido, y que si tal como ella es no es indigna de nuestro amor, ese amor tiene que incluir de alguna manera la suma total de su pasado”.

El hecho de haber cuestionado prácticas y creencias aceptadas retardó que se le otorgara reconocimiento a sus contribuciones originales a la cultura mexicana, y en un país que tanto los prodiga recibió menos premios de los que su estatura merecía y, sin duda, debió haber pertenecido al Colegio Nacional.

A pesar de que en la última entrevista que concedió¹¹ afirmó casi no tener alumnos, yo me atrevo a contradecirlo, pues considero que gran parte de los historiadores formados en la Facultad de Filosofía y Letras en las décadas de 1950-1970 fueron, de una forma u otra, sus discípulos. El testamento que heredó a sus discípulos fue la pasión por descubrir “una historia sin la mortaja del esencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuestamente necesaria causalidad; una historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación; una historia de atrevidos vuelos y siempre en vilo, como nuestros amores”. Su cátedra y sus libros forzaron un nuevo cauce de la historiografía. Por eso es importante celebrar su centenario y continuar, en la medida de nuestras fuerzas, su obra. □



¹¹ “Yo tengo muy pocos alumnos, y además ya murieron [...], fue muy cercano a mí Eduardo Blanquel. También Manrique, el crítico de arte, y Josefina Vázquez, quizá también”. Teresa Rodríguez de Licea, “Una entrevista con Edmundo O’Gorman”, *Historia Mexicana*, XLVI:1 (1997), p. 955-969.

Las palabras, las líneas, la escritura son un arma de doble filo. Con ellas nos cubrimos, a diario nos vestimos de cortesía, atendiendo puntualmente a los lugares de encuentro preestablecido: buenos días, buenas noches, mucho gusto. Salimos envueltos de palabras que dicen poco pero que son las cartas de presentación naturales del encuentro inevitable. Las decimos para no decir. En el extremo también las usamos como disfraz. Con ánimo de ocultamiento lanzamos palabras que son pistas falsas, falseamos para no delatar nuestra verdadera condición: ¿cómo estás?, pregunta que recibe como respuesta automática, muy bien, gracias. La vida cotidiana exige facilitar los encuentros. No se puede andar por la vida con la confesión en la mano. Es a esa construcción que hacemos de nosotros mismos a la que se le llama persona. La persona es el disfraz, que sabemos que es disfraz, la máscara facial. Pero la palabra también es la única moneda de cambio que circula entre los seres humanos, la palabra construye los puentes que nos conducen a los territorios ajenos, a esas visitas imprescindibles que llamamos encuentros.

Así, por un lado, camina el discurso formal, la máscara, la persona, y por el otro anda la verdadera condición del ser que está detrás de las palabras. Pero uno ejerce sólo un control parcial sobre las palabras. Son ellas también las que nos traicionan y delatan el verdadero estado de nuestra entraña. Los discursos por escrito son el mayor esfuerzo de la retórica por construir una pieza formal sin concesiones y aún así se cuelan muchas perlas que delatan otras intenciones. Pocas palabras nos pueden escudar, muchas palabras desnudan. Precisamente para eso son las pláticas, para quitar la paja, el sobrante, los formalismos y tratar así, como diría Víctor Hugo, de tocar el alma. Hay almas que se abren fácilmente, hay otras con mil cerrojos.

Con los pensadores y sus obras ocurre algo muy similar. Una es la intención formal del texto que puede estar en el prólogo o en la cuarta de forros. Otra lo que, de línea en línea, puede uno ir percibiendo del autor a pesar de él mismo. Al final tenemos dos lecturas de una misma fuente de pensamiento: aquello que el pensador quiso que dijéramos de él y su obra y la otra de aquello de lo que nosotros conservamos como trofeo de una cacería difícil donde las presas huían, se camuflajeaban, nos tendían trampas.

Las tesis centrales de la gran obra de don Edmundo O’Gorman son claras y consistentes. Pienso en *La invención de América*, *La supervivencia política novohispana*, *Destierro de sombras* o sus planteamientos sobre el criollismo, por citar algunos trabajos. Allí está lo que O’Gorman quiso que se dijera de su obra. Pero sería deshonesto presentarlo como un científico puro cuyos descubrimientos se sostienen década tras década. Sin duda es eso y mucho más.

Edmundo O'Gorman es un autor complejo, ése sería el término socialmente correcto; pero también podríamos decir, siendo un poco más arriesgados, es un autor abigarrado. Es cierto que la tesis central es presentada y desarrollada consistentemente. Pero también lo es que sus textos están llenos de auténticas provocaciones paralelas con las cuales busca revolcar y sacudir las conciencias. Es en ese sentido un provocador sistemático, lo cual no riñe con la seriedad de sus trabajos. Es el caso de *México: el trauma de su historia*.

O'Gorman es abigarrado porque su forma de redacción camina linealmente en el tiempo pero, a la vez, circula sobre sí misma, como un resorte. Es abigarrado porque sus propuestas son definidas y defendidas pero llegan cubiertas, envueltas de todas las tesis que el autor quiere demostrarnos que fallaron. Su estilo pedagógico empieza en este descarte que don Edmundo realiza sistemáticamente y con cierta lejanía. Los libros del historiador son así una esgrima intelectual, en la cual, párrafo a párrafo, uno tiene que imaginar a la contraparte que con frecuencia no es delatada. O'Gorman se refiere en términos generales a los conservadores o los liberales, pero no va a la cita puntual. ¿Por qué?

Su obra está repleta de debates con colegas de los cuales recupera sus ideas para demostrar su insolvencia, pero no le parece necesario incorporarlos en el cuerpo central de la obra. Es por ello un gran polemista, casi pugilista de las ideas, pero no le gusta la sangre. Eso es demasiado burdo. Serían quizá los resabios de su estirpe inglesa. Este estilo me lleva necesariamente a otro calificativo: hereje. Don Edmundo no estaba dispuesto a ceder en los requisitos inevitables pero castrantes de la Academia. Él quería caminar libre, dar rienda suelta a su capacidad de conectar hechos e ideas sin demasiados formulismos y preámbulos.

Complejo, abigarrado, hereje y, si se me permite, en un acto de respetuosa irreverencia, mañoso. Pero me atrevo a la irreverencia porque si alguna lección nos dejó O'Gorman fue ésa, la irreverencia. Me atrevo a la expresión porque la intención última de la maña era la de escapar a los cánones y poder cuestionar descarnadamente algunas tesis de la historiografía tradicional. En el afán de producir materiales que rompieran cartabones, don Edmundo no tuvo el menor resquemor de acudir a atajos condenados por la rigidez.

Voy a la materia para sustentar mis dichos. Tal y como lo plantea Elías Trabulse en un espléndido prólogo a una reciente edición de los varios ensayos de O'Gorman del Centro de Estudios de Historia de México de Condumex, una de las disyuntivas centrales para apropiarse de este autor es su incontenible impulso por cruzar las fronteras entre la filosofía y la historia. “[...] todo acontecimiento —dice don Edmundo en “Historia y vida”— (ideal o material) puede quedar constituido en hechos de diversa índole, según sea el sentido que se les otorgue.” Las correlaciones entre sucesos son algo objetivo, pero es en la asignación de significados donde aparece el historiador-filósofo.

El hecho histórico en sí mismo no puede llegar lejos si no surge ese acto humano de otorgar sentido. Allí don Edmundo rompe con cualquier tipo de

positivismo histórico que anduviera merodeando. Pero ser capaz en la asignación de significados supone un conocimiento profundo de la axiología, de la jerarquía de los valores y eso es hacer filosofía. Para O’Gorman no había margen de maniobra: quien entraba en los laberintos de la historia necesariamente debería asignar significados, de no ser así sería un mero recopilador de materiales, un materialista, dirían con sorna algunos. La disyuntiva es válida para otras disciplinas, sociología, politología y laterales. La lección es clara: más vale tener una buena formación filosófica, sólo así será uno responsable.

Dijimos que las palabras cubren y desnudan todo a la vez. Hay una expresión que recorre la obra de O’Gorman, igual aparece una y otra vez en México: *el trauma de su historia* que en “Historia y vida” y en otras, una expresión que termina por delatar una mecánica de pensamiento. “[...] lo que llamamos —dice O’Gorman— un hecho no es sino el *modo de ser* con que dotamos a un acontecimiento al otorgarle sentido.” Modo de ser es una expresión que normalmente usamos para referirnos a individuos, a personas, modo de ser como explicación particularísima que ya no cabe en los atributos tradicionales, en esos cajones en que buscamos catalogar a la diversidad humana. Tiene un modo de ser difícil o agrio, o liviano para usar las expresiones de Kundera. El *modo de ser* es una consecuencia de la adaptación en el mundo, su modo de ser le impide, decimos, o le facilita, lo que sea.

Hablando de las diferencias entre liberales y conservadores don Edmundo lanza que coinciden en que quieren la riqueza estadounidense pero sin perder “el modo de ser tradicional”. Con esa expresión don Edmundo retrata la resistencia, nuestras resistencias, a los cambios profundos de cultura soterrada, tesis que sigue siendo válida. Queremos que las cosas cambien en nuestro beneficio pero no cambiar nosotros. Queremos que el estado de derecho se dé en México, pero tres de cada cuatro mexicanos sólo aceptan respetar las normas que les convengan. Queremos y admiramos la prosperidad de los otros pero un tercio de la población no considera al trabajo como algo importante en la vida. Nos admira la solidez de otras sociedades pero el 85% de los mexicanos no participa en ningún tipo de organización filantrópica.

O’Gorman no habla de ideología o de idiosincrasia, tampoco de cultura como ese gran cajón de sastre donde todo cabe y nada se encuentra. Es ese “modo de ser” que abraza a liberales y conservadores —dice O’Gorman— el que nos hace desear los beneficios de la modernidad pero no la modernidad misma. El diagnóstico es devastador. ¿Historia, antropología, filosofía? No lo sé y poco importa. Ésa es la lección. En las llamadas ciencias del hombre las fronteras son muy endebles. Lo que valida a los conceptos es su capacidad para explicar y asignar un sentido a los sucesos.

Por allí aparece lo que podríamos llamar la teoría de la historia de O’Gorman. Como lo recuerda Trábulse, O’Gorman hablaba en sus clases de filosofía de la historia, de “sistemas”, para referirse a un andamiaje explicativo válido por un tiempo. “Los sistemas sobre filosofía de la historia —dice O’Gorman— se de-

rumban cuando caducan, y entonces son creados otros que a su vez caducan y se derrumban.” En las ciencias sociales la mecánica suena conocida, la popularizó Thomas S. Kuhn a mediados de los años setenta. Kuhn provenía de las ciencias exactas y su texto sobre las revoluciones científicas estuvo pensado para ese ámbito pero provocó un verdadero cisma en las ciencias sociales atrapadas en esa época por el positivismo marxista. Kuhn no hablaba de sistemas sino de paradigmas pero la idea de auge y caída era muy similar. La lección es clara, don Edmundo pensaba en una necesaria relativización de verdades que nunca llegan a ser absolutas. Decirlo es sencillo, pero la tentación positivista con frecuencia rebasa las muy antiguas contrapropuestas filosóficas que buscan vacunarnos contra esa debilidad humana.

Procesos, proceso es otra palabra llave en la obra de O’Gorman. Observar los procesos que, bien a bien, no sabemos en qué devendrán. Por lo tanto definitivo no hay nada. Procesos complejos en los cuales son tantas las variables que resulta imposible saber cómo actúan entre ellas. En esa lectura de los procesos lentos y por momentos confusos algo queda claro: hay una acumulación irreversible de experiencias que conduce a una mayor complejidad. ¿Qué decir de ella? Lo cómodo, lo fácil, lo políticamente correcto en las décadas de producción de don Edmundo era evadir la palabra evolución. Recordemos que los evolucionistas eran auténticos traidores. La consigna de la revolución abrazaba a la mitad del mundo y a buena parte de México. Y sin embargo O’Gorman no tuvo empacho en decirlo, el día que México deje de añorar revoluciones y atienda más a la evolución de los asuntos, ese día nos irá mejor.

Decirlo hoy no tiene ningún mérito. La palabra revolución ha entrado en un cierto ocaso, no sabemos si reversible. Para algunos ya no representa una ilusión alentadora sino, por el contrario, es ella la responsable de muchos de los males que nos acechan. Pero si bien la palabra, el concepto revolución, ha sido zaherida, el apetito por encontrar ese cambio súbito, definitivo, abrupto, que corta de tajo, esa sacudida que brinda un amanecer de brillo inigualable, ésta sigue presente. Por eso todavía resuena el cuestionamiento de O’Gorman: ¿revolución o evolución? En un país embrujado por las revoluciones, en particular por la propia; en un país en que la revolución era la piedra de toque de la matriz del discurso oficial; en un país en que las principales avenidas de infinidad de ciudades y pueblos se llaman revolución y en el que seguramente por ahí andarán algunos niños llamados revolución, la tesis de don Edmundo era herejía pura. Claro está que O’Gorman nunca escribió un libro que se llamara ¿Revolución o evolución?, hubiese sido demasiado obvio. Pero manejó la idea como una de las muchas provocaciones colaterales de sus trabajos.

Lo mismo ocurrió con el combate no tan silencioso de O’Gorman en contra de las interpretaciones ontológicas del mexicano. La historia es larga y con muy buenos espadachines en la línea enemiga: Cuesta, Ramos, Paz y Fuentes, entre otros. Ésos eran sus interlocutores silenciosos. La idea era además muy popular: dos sangres espléndidas, la india y la española, que se fusionan para dar vida, para parir una nueva y suprema mezcla. Como el mexicano no hay

dos es la idea que cruza de los corridos y boleros a los ensayos de reconocidos académicos. O'Gorman no cedió la plaza.

Los entes históricos —dice el historiador filósofo—, cualesquiera que sean, no son lo que son en virtud de una supuesta esencia o sustancia que haría que sean lo que son. Con otras palabras, su ser no les es inherente, no es sino el sentido que les concede el historiador en una circunstancia dada o, más claramente dicho, en el texto del sistema de ideas y creencias en que vive.

La tesis en contra del esencialismo está regada en muchas obras de O'Gorman pero las líneas que preceden —particularmente precisas— fueron pronunciadas pocos años antes de su muerte, en 1991, al recibir el doctorado *Honoris Causa* de la Universidad Iberoamericana. Él sabía que la batalla no estaba ganada. El esencialismo había sido impulsado desde el poder, estaba en los murales de la Secretaría de Educación, en los discursos de los redentores periódicos, en nuestra literatura. No se trata de un mal que aqueje en exclusiva a los mexicanos. De hecho podría uno decir con Hobsbawm que está latente en todos los nacionalismos: del japonés con imperio, al galopante estadounidense con sus desplantes de omnipresencia, al alemán de Hitler o el peronismo original.

Sin embargo, el problema se agrava porque los mexicanos no lo ven como problema. Por eso nos irritan las comparaciones —como México no hay dos— lo mismo si se trata de nuestro folclor que de los índices de desempeño educativo o de productividad. El esencialismo era uno de los pilares de la esperanza nacional y por ello formó y forma parte del discurso político. El esencialismo justificaba la cerrazón política, cultural, etcétera. El esencialismo también explica una xenofobia silente que se detecta a través de los números: la única inmigración que los mexicanos aprueban, quizá como estereotipo, es la española, todas las demás son vistas como perjudiciales en niveles que rondan al 80% de los mexicanos. ¿Dónde queda el México de los brazos abiertos?

Don Edmundo lo vio con claridad. Las consecuencias del esencialismo eran muy graves. Al final del camino estaba un pecado capital: la soberbia. Nos lo dijo con todas sus letras en *México: El trauma de su historia*. Con la elegancia que lo caracterizó pero también con la crudeza necesaria, quedó asentado en ese texto publicado en 1977, en momentos en que nuestro país vivía el paroxismo de la cerrazón. La segunda edición tardaría décadas.

Provocador, abigarrado, hereje, mañoso, polémico y polemista, claro, consistente, con un espléndido manejo de la información, O'Gorman es como un brioso corcel. Al montase en él hay que hacerlo con convicción. Podría haber reparos que no nos gusten, podríamos terminar en el suelo, derrotados. Pero también esta allí la posibilidad de tener la más bella cabalgata por el vasto territorio del pensamiento. ▢

Recuerdo de Edmundo O'Gorman

Alberto Dallal

Instituto de Investigaciones Estéticas
Universidad Nacional Autónoma de México

Si hace cien años, en 1906, cuando nace Edmundo O'Gorman, se hubiera sabido que un siglo más tarde, en México, la difusión de la cultura, la información política y periodística y las relaciones comerciales internacionales iban a estar en manos de dos empresas monopólicas de televisión; si se hubiera adivinado que la educación básica del pueblo mexicano iba a tener que negociarse con gobiernos y líderes corruptos; si se hubiera entendido que la universidad pública nacional y algunos centros de investigación iban a ser el mejor bastión —tal vez el único auténtico y justo— del conocimiento histórico en el país, probablemente la Revolución Mexicana se habría adelantado o tal vez, insisto: probablemente, Edmundo O'Gorman habría acelerado su entrada en sus estudios de Derecho y de Historia y duplicado su consistente obra erudita y de divulgación.

Sin embargo, como bien lo muestran sus datos biográficos, O'Gorman se inició en la participación intelectual de la nación en un periodo en que se expandían y profundizaban las buenas relaciones de los gobiernos posrevolucionarios con la preparación y la entrada en materia de profesionales e intelectuales de toda índole. Estas buenas relaciones perduraron todavía después de 1968, año en que son las clases medias ilustradas las que ponen en evidencia y critican abiertamente las trabas a la democracia y al pleno desarrollo de las instituciones, ya evidentes a causa del partido único. Y es a partir de este movimiento que comienzan a aflorar con plenitud las virtudes de aquellos historiadores que, sin erradicar la brillantez de la historia del pueblo mexicano, han asumido la actitud crítica (con las pruebas históricas en la mano) para exponer los impulsos y la dinámica del conglomerado.

Somos una nación que resume historia, un país donde la historia salta a la vista en cualquier momento, en cualquier sitio: surgen en pleno siglo XXI inesperadas estelas prehispánicas en los estados y en la ciudad de México; acuden emblemáticos escudos decimonónicos al zócalo; o se hacen nuevas referencias a nuestros varios imperios, a nuestras iglesias convertidas en museos y escuelas, o a las obras de arte nacionalista que no dejan de subir de precio y aprecio públicos en los mercados de todo el mundo. Somos el único país que institucionaliza, por tradición, a nuestros levantados en armas. ¿Cómo iba Edmundo O'Gorman a cerrar sus intereses de observación e investigación históricas ante tan evidente y abigarrado mundo? ¿Y cómo podíamos dejar de reconocer sus sesudos, sustanciosos análisis a un siglo de su nacimiento? La historia es, antes que nada, registro. Si la historia hubiera llegado a su fin, como un empresario convertido en ideólogo afirmó tan campante, estaríamos todavía ocupados en

registrar cómo fue ese final de la historia: estaríamos buscando los hechos y los documentos de ese final tan poco evidente.

La historia es registro e interpretación, relato con bases objetivas y una nueva, eterna, ininterrumpida pero cabal narración de los hechos. Pero hay métodos, reglas y condiciones para alcanzar y exponer estos registros y estas interpretaciones, y en estas tres fases del hacer histórico Edmundo O'Gorman se desenvolvió destacadamente. Paradigmáticamente. Y agregó dos cualidades más: las de convertirse en lúcido intelectual y en extraordinario maestro. Nada de lo de anterior “se dio por añadidura”.

Además de la vocación, el historiador debe sentirse atraído por el esclarecimiento y la crítica de los hechos inmediatos y así convertirse en intelectual: participar en la crítica de los acontecimientos, rebasar el acopio de datos y conducirlos hasta los niveles fehacientes de la especificidad: es decir, aportar, aducir todo aquello que se halla al pie del cañón, en la inmediatez de la realidad. Defender la honestidad intelectual, como O'Gorman lo hizo particularmente bien en su estudio previo a la *Historia natural y moral de las Indias*, de Joseph de Acosta, o durante su famosa polémica con Octavio Paz. Discernir sobre lo inmediato con la instrumentación y el rasero que implica el conocimiento mediato también es otra de las actividades básicas del intelectual. Y cuando el historiador acumula tantos conocimientos y vías y derechos hacia la interpretación, surgen libros como *México: el trauma de su historia*, obra que todo asesor de presidentes, si no es todavía una especie extinguida en los tiempos que corren, debería leer. O que cualquier gobernador, diputado o senador mexicano debieran tener como lectura obligada. Se las recomiendo a estos *participantes* de la historia mexicana porque posee, además de una prosa fluida, una gran claridad en las ideas, ideas que sitúan y *hacen luz* y desembocan en el retrato o'gormaniano de la realidad mexicana. El intelectual, pues, aporta ideas fundamentales para echar a andar la realidad, o criticarla, o prepararla para el cambio. Y en acotación de ello me remito también a un texto aleccionador: “El arte o de la monstruosidad”, de 1940, en el que O'Gorman les propone a los nuevos críticos e historiadores del arte observar y analizar las obras mexicanas con ojos nuevos.

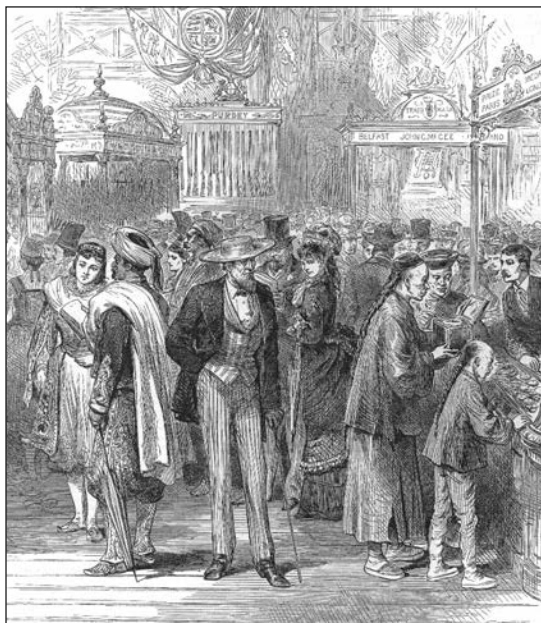
La historia la llevaba O'Gorman, como puede apreciarse, a flor de piel: la llevaba por dentro y, sí, afloraba a cada instante, a veces inesperadamente, como ocurre diariamente en nuestro país. Su disposición al diálogo, a la polémica, a la reflexión profunda (la única válida en torno a la historia y a la política) le permitieron *participar* cabalmente en los acontecimientos. Y, además, surgía con talento, con ingenio y con sentido del humor, como en aquella ocasión en que una dama coleccionista de piezas aztecas lo invitó, dijo ella, a “ver sus piedras prehispánicas”; don Edmundo le contestó circunspecto: “En rigor, señora, todas las piedras son prehispánicas”.

Sí: observar la vida individual y social con conocimiento de causa y no dejar de lado la verdad que se ha descubierto a través de los estudios de la historia. Función fundamental del historiador se refiere también a la erradicación de

los mitos. Cuando estalló la primera guerra del Golfo, le pregunté al maestro qué opinaba al respecto y me contestó: “Es un pueblo y una civilización que nos están diciendo: aquí estamos, sencillamente eso, aquí estamos”. El “nos”, por supuesto, se refería a Occidente. Y en otra ocasión, pensando en la dinámica de los hechos mundiales, le pregunté si creía que íbamos, los miembros de la especie humana, a terminar con la especie humana. Dijo tajantemente: “Sí, al menos ésa es la ruta que están tomando los acontecimientos”. Las mismas certezas, el mismo realismo que podía aflorar, con sentido del humor, en sus aforismos; me atrevo a exponer el siguiente, que publicamos por primera vez en la revista *Diálogos*: “El sexo débil, ni tan débil. El sexo fuerte, ni tan sexo...”

Las bases teóricas de los libros de O’Gorman (las han estudiado ya profundamente Álvaro Matute y Josefina Zoraida Vázquez) son claras y contundentes. Implican una visión y una convicción panorámicas de la historia y de los conceptos fundamentales que abarcan, como una visión del mundo, una totalidad universal. Sólo así es posible ir a lo concreto que señalan los documentos y datos, los acontecimientos del pasado y los *saberes* que, por etapas, los seres humanos van agregando a su conocimiento del todo. Sólo así pudieron surgir libros torales como *La idea del descubrimiento de América*, *La invención de América*, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* y tantos otros. Pero esos mismos fundamentos y esa visión general podía el maestro transmitirlos, impregnarlos en la mente de sus alumnos, cercanos o lejanos, en conferencias, cátedras, conversaciones públicas, diálogos en privado. No se crea, sin embargo, que quiero detenerme aquí en insistir sobre esa obvia, evidente, fructífera armonía que en la vida, la concepción del mundo y la obra de Edmundo O’Gorman le permitió equilibrar sus tareas de intelectual, maestro, historiador, teórico y catedrático. Preferiría llamar la atención de ustedes en torno a una cualidad, un autoconocimiento que se va perdiendo paulatinamente en todos los estratos de la sociedad mexicana, principalmente en la clase política, en la intelectualidad y en las instancias más altas de las instituciones corporativas. Yo llamaría a este valor *escrúpulo histórico*, la autoconciencia individual, personal, irreemplazable e ineludible, de que somos seres históricos y, como tales, debemos también responder con nuestras ideas y acciones al pleno escrutinio de la época, de la historia, al análisis que de nosotros y de nuestras ideas y acciones podrán hacer los miembros de nuestro medio, de nuestras instituciones, de nuestra comunidad. El maestro O’Gorman era de una sola pieza. Respondía con pleno conocimiento y con plenas convicciones de causa y efectos. Creo que estaba tan consciente de este *escrúpulo histórico* que adivinaba o sabía de cierto que a un siglo de su nacimiento, en la misma fecha, estaríamos aquí, reunidos, comentando todos los aspectos de su vida y de su obra, de sus actitudes e ideas, de sus frutos como maestro y erudito, sin menoscabo de elementos humanos y primordiales dejados en su tintero o en sus polémicas o en sus formas de actuar. El maestro O’Gorman fue todo un señor enfrentado a su época con plena autoconciencia de quién era él, de los alcances de sus obras y de los resultados de sus actos.

Para finalizar quiero dejar asentado que admiré siempre, como hoy admiramos, su *ser* universitario. Su obra la realizó a partir de la Universidad Nacional y fue siempre un representante honorable de ella. No buscó brillar por fuera desligándose de la Máxima Casa de Estudios. Como miembro y participante de la Universidad Nacional sus incursiones, acciones fuera de ella, llevaron siempre el sello de la “Madre Pía”, como la llamó en una de las dedicatorias de sus libros. Y añadió: “con filial gratitud”. Por ello estamos aquí, hoy, suponiendo qué bueno sería para este país si lo escuchara con atención, si aprendiera de él, si ponderara los acontecimientos a través de sus aportaciones, si aplicara sus enseñanzas para hacer e interpretar la historia. O si la nación comenzara a reconocer en él el conocimiento que adquirimos y seguimos adquiriendo y reconociendo nosotros. Por ello hay mucho que hacer por delante para rendirle el justo homenaje: organizar y apresurar la compilación y la publicación de sus *Obras completas*; *idem*, tal vez, ojalá, establecer en la Facultad de Filosofía y Letras la Cátedra Edmundo O’Gorman para jóvenes historiadores. Finalmente: hacer que otros historiadores e instituciones del extranjero, con los que él tuvo contacto académico, consignent la calidad y la actualidad de sus aportaciones. ◻



Cine y moralidad*

Alejandro Galindo

En trabajos anteriores, al comentar lo necio e innecesario de las censuras cinematográficas, las oficiales y las extraoficiales, con que contamos en México, hacíamos hincapié en dos puntos: 1o. que, de haber alguna censura, ésta sea impuesta por la misma conveniencia comercial (*Hoy*, mayo 31); y 2o. que las censuras aplicadas actualmente al pobre y raquítico cine mexicano carecen de todo criterio definido (*Hoy*, junio 21).

En esta ocasión habremos de ampliar los dos puntos señalados arriba y agregaremos también que lo que ahora vamos a exponer con respecto a las censuras atañe igualmente a los productores nacionales de películas, de quienes prometimos ocuparnos y a quienes hemos de señalar como uno de los más poderosos factores que están contribuyendo al desastre de nuestro cine.

Sobre el primero de nuestros asertos trataremos aquí de demostrar cómo el cine, por sí mismo, cuida del buen uso que se debe hacer de él, así como que encierra tal potencialidad, que llega hasta volverse contra el que se vale de él para fines indecorosos, deshonestos e insinceros.

El cine exige de quien lo use como medio de expresión que lo haga con buen fin, esto es, con un fin honrado: artísticamente honrado. Para ser más claros: el realizador de un filme —productor o director— puede haber sido impulsado, al lanzarse a hacer una película, por el solo propósito egoísta de obtener un beneficio económico; en otras palabras: de hacer negocio; pero ese filme, la obra en sí, debe llevar una finalidad precisa, un objeto honrado, decoroso, esto es, debe ser un filme que exponga una idea, sencilla o complicada, pero una idea que justifique por sí sola la razón de haber sido llevado a la pantalla un asunto determinado, y explique al espectador por qué pagó su dinero por verla,

*Publicado originalmente en la revista *Hoy*, 8 de julio de 1939, p. 55. El autor nació en Monterrey, Nuevo León, en 1906. Su pasión por el cine lo llevó a Hollywood, en donde estudió guionismo y dirección, además de trabajar en labores de edición y traducción, entre otras. Debido a la crisis de 1929 regresó a México y participó en la elaboración de varias películas. Como director, su primer largometraje fue *Almas rebeldes* (1937). Se le considera uno de los más fieles cronistas fílmicos de su tiempo. Tenía un talento especial para recrear los comportamientos y el habla popular de la ciudad de México. Su primera película con tema urbano fue *Mientras México duerme* (1938). Sus obras más logradas: *Campeón sin corona* (1945), *Espaldas mojadas* (1953) y sobre todo *Una familia de tantas* (1948), en la que retrata de forma magistral la moral de la clase media mexicana. Murió en la ciudad de México en 1999. (Nota del editor.)

pues el público no va a atender a los deseos mercantiles de ese “negociante” nada más “porque sí”. Éste tiene que dar al público, en cambio del dinero que espera sacarle, algo que satisfaga el deseo que impulsó a su vez al espectador a ir al teatro, ya sea el puro deseo de una simple diversión, el ver saciada la curiosidad de asomarse a un país extraño, expuesto en el celuloide, o el de saborear el placer estético que busca el buen aficionado.

De no responder la película a lo que el público espera de ella —lo que espera es lo que se le ofrece en el título y en la propaganda—, el fracaso económico no tarda en hacerse sentir; los primeros espectadores, los sorprendidos y defraudados, se encargarán de divulgar que se trata de un engaño. Y no habrá segundos espectadores. Así el cine se vuelve contra aquel que no supo usarlo con buen fin.

Ahora, en cuanto a lo que parece ser la razón de la existencia de las censuras impuestas en México —el vigilar que no se expongan nuestras costumbres y tipos tal cual son, y obligar al realizador a falsearlos, como lo hemos venido ya discutiendo—, véase cuán fácil es demostrar que el cine no acepta que se le emplee, por ejemplo, con fines de propaganda. Primero: nuestra propia experiencia nos ha hecho ver que nuestras cintas no gustan ni dentro ni fuera de nuestro país, cosa que ya hemos repetido y explicado. Segundo: Rusia ha empleado el cine con fines exclusivamente de propaganda.¹² Conocido es el resultado obtenido: *Los marinos de Kronstandt*, *El hombre y el rifle* y *El profesor Mamlock*, filmes rusos de propaganda, constituyeron un franco fracaso. El Teatro Hidalgo, donde aquí se exhibieron, se vio siempre desierto; los tres o cuatro solitarios espectadores que asistimos a esas exhibiciones éramos aficionados al cine que fuimos a juzgar esas películas desde un punto de vista puramente técnico. Causa pena, no resistimos al deseo de comentarlo, el que tan buenos elementos técnicos y artísticos se hayan desperdiciado tan lamentablemente.

La razón del fracaso de los filmes rusos de que hablamos arriba no es difícil de explicar. En el ánimo de todos está que lo que se nos muestra en películas que provienen del Soviet no encierra un buen fin; no persiguen otro que el egoísta de hacer propaganda en favor de sus ideales, sus hombres y sus costumbres actuales, y como propaganda que son, lógicamente se nos ofrece en ellos únicamente aquello que a los dirigentes del cine ruso les conviene mostrar, lo cual quiere decir que hay imitación, que hay falsedad. Tan notable es esto último que cualquiera que haya visto los filmes a que nos referimos recordará que, según de ellos se desprende, parece que en Rusia no hay un solo hombre malo, un solo hombre tonto, un solo hombre opuesto al programa social de su país.

Y lo expuesto sobre el cine ruso sucede también con el mexicano. Víctima de las imposiciones de las censuras oficiales y las extraoficiales, tiene que mos-

¹² No hacemos mención de Italia y Alemania, que han seguido la escuela rusa, porque no tenemos ejemplos palpables que mencionar para reforzar nuestro argumento; de los presentados por el cine ruso, todo México es testigo.

trar un México falso, donde el agente policiaco, el militar, el político, el juez, el médico, el empleado público, el transeúnte, el camionero, el ferrocarrilero, el hombre, la mujer; en fin, todos sus habitantes: son modelos y dechados de virtudes como hombres y como ciudadanos. El resultado de un arte que descansa en esa doctrina se está palpando ahora: el cine mexicano no interesa ni aquí ni allá, como ni aquí ni en Rusia interesa el cine ruso.

Y ahora, como prueba de que es el cine mismo el que impone censuras por propia conveniencia, nos basta llamar la atención sobre la inexistencia de una censura oficial en Estados Unidos. La que existe es la que los mismos productores se han impuesto, y para ello han formulado un código al que llaman Código de Moralidad de la Industria Cinematográfica, y al cual se apegan todos los productores que deseen ver sus películas exhibidas en los cines del país del norte.

El Código de Moralidad de Hollywood nació de la alarma que sintieron los productores norteamericanos por las continuas protestas y dificultades provocadas por las películas de productores poco escrupulosos que, valiéndose del cinematógrafo como medio para lucrar inmoralmemente, lanzaban al mercado obras hechas para explotar ciertas debilidades del público, morbosidades criminales o sexuales, filmes en que, con cruel lujo de detalles, se mostraba un asesinato o una venganza; otros de carácter poco menos que pornográfico.

Películas del carácter arriba expuesto trajeron por consecuencia que cierta parte del público viera con recelo cualquier cinta que se anunciara. Los padres de familia vacilaban en permitir que sus hijos fueran al cine, temerosos de que vieran algo nocivo para su salud espiritual. El productor de buena fe, el amante del cine (siquiera fuese del cine como negocio), para proteger a éste y sus intereses, decidió formular el Código de Moralidad a que nos venimos refiriendo, el cual se ha convertido en una garantía para el público, pues este reglamento vigila exclusivamente, según leo en su capítulo de principios generales, párrafo número uno, el que no se produzca ninguna película que rebaje las normas morales de los que la vean. En el párrafo número dos de ese mismo capítulo, se añade lo siguiente: “Las normas de la vida se caracterizarán con las solas limitaciones que impone la representación dramática”. Lo anterior significa que es la representación dramática lo que se persigue, no falsear ni explotar los defectos morales de las costumbres de un país o del individuo.

Y mencionar el Código de Moralidad del productor norteamericano nos lleva al segundo punto de nuestro presente artículo: el que las actuales censuras impuestas al cine mexicano carece de todo criterio definido.

El probar esto es bien fácil: bástenos reproducir textualmente parte del capítulo “Supervisión cinematográfica” del libro *La industria cinematográfica en México* del licenciado Alfonso Pulido Islas, jefe de la Sección Cine del Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad, capítulo en que se lee:

Previamente a la exhibición de una película en los salones públicos, es preciso obtener el permiso correspondiente de las autoridades competentes, que para

otorgarlo o negarlo, “supervisan” la cinta y le ordenan al interesado que haga las modificaciones que a juicio de los “supervisores” sean necesarias, para que la película pueda exhibirse en público.

La autoridad competente en esta materia es el Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad, según reza el decreto que lo creó y reformó la Ley de Secretarías de Estado y Departamentos Autónomos, con fecha 31 de diciembre de 1936. Con todo, también el Departamento del Distrito Federal censura las películas que han de exhibirse en los salones de su jurisdicción, *más bien con fines fiscales*, pues cobra un derecho de dos pesos por “rollo” de película “supervisada”, derecho que rinde al Departamento un ingreso anual de \$26 000.00.

“No existe aún una reglamentación de esta facultad legal”, dice el licenciado Pulido Islas en su libro, y continúa: “La supervisión total o parcial de escenas o de películas se ordena *según el leal saber y entender de los “supervisores”*, ateniéndose sólo a que en la cinta no padezcan mengua la moral y buenas costumbres, la dignidad nacional y el régimen democrático en que vive la nación.”¹³

Preguntamos nosotros ahora: ¿va a estar el cine mexicano siempre sujeto al criterio de unos “supervisores” a los que no se les ha formado siquiera un reglamento, malo o bueno, pero un reglamento que norme sus juicios? ¿Estamos haciendo películas para el criterio de unos “supervisores”, de cuya capacidad no se tiene ningún antecedente que los señale como jueces idóneos del valor y de la trascendencia moral, social o política de una obra de arte? ¿O es acaso por no privarse del ingreso de \$26 000.00 que representa al Departamento Central, por lo que se persiste en el ejercicio de una censura que limita tan estrechamente el campo de acción de nuestra cinematografía para ruina de ésta? □



¹³ El empleo de las cursivas se debe al autor del presente artículo.

En nuestro ensayo anterior (*Hoy*, mayo 31) decíamos que las censuras cinematográficas, las oficiales del Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad y del Departamento Central y otras dependencias del gobierno, y las extraoficiales de las organizaciones obreras, obligan a nuestro cine a mostrar falsedades so pretexto de cuidar del buen nombre de México y por evitar que países extranjeros se formen una mala idea de nuestro pueblo y de nuestras costumbres.

Opinábamos, en esa misma ocasión, que al proceder como queda dicho, las censuras traicionaban sus propios fines, y añadíamos, como prueba de ello, el que nuestras películas no gustan ya dentro ni fuera de casa.

En esta ocasión, ampliaremos más el punto arriba mencionado, para tratar de hacer ver lo nocivo de la censura para nuestro cine y para aquello mismo que tanto preocupa a quienes la ejercen: el buen nombre de México.

Se traiciona el fin perseguido porque, si es éste el impresionar en nuestro favor a todo aquel que vea un filme mexicano, no se logra en absoluto, porque no se logra siquiera que se vean nuestros filmes. Y no se ven porque no impresionan: por consiguiente, no interesan.

Tratemos ahora de explicar por qué nuestras películas no impresionan; es decir, por qué no emocionan.

El valor artístico de una obra se estima por las emociones que despierta. En relación directa con la cantidad de emociones que produce van la admiración, la simpatía y el agradecimiento del espectador para el autor que le dio tales emociones.

Ahora bien, si éstas fueron despertadas por una obra que encontró su fuente de inspiración en las costumbres, en los tipos y en el ambiente de un país, por éste sentirá entonces igual simpatía, igual admiración y agradecimiento, porque ha vivido una vida nueva y extraña para él; ha vivido, en el tiempo que duró el filme, un nuevo ambiente, conocido otras costumbres, otra gente. ¿No lo ha logrado Francia a través de sus películas? ¿No lo han logrado igualmente, y en medida más notable, los Estados Unidos? A través de su cine han conquistado respeto, admiración y simpatía para sus hombres, sus costumbres y su país.

Con los brazos abiertos, un filme norteamericano de reciente exhibición, conmovió a México y despertó, entre quienes lo vieron, una inmensa simpatía por los niños de la colonia pintada en esa película, y por si en el ánimo del espectador pudiera haber alguna duda sobre su existencia real, un título explicativo al princi-

*Publicado originalmente en la revista *Hoy*, 24 de junio de 1939, p. 41.

pio de la cinta nos hace saber que la ciudad de los niños existe, lo mismo que su fundador, y que las costumbres y actividades que allí se muestran son reales.

En el caso de nuestro cine, éste, movido por el temor de ver mutilado un filme o el que se prohíba del todo su exhibición; víctima de imposiciones, trabas y barreras que impiden mostrar un tipo real nuestro, sus costumbres y su ambiente, con lo que ve cerrada automáticamente su fuente de inspiración; al negársele así el derecho a usar ese material artístico, tiene que recurrir a crear tipos, costumbres y ambientes falsos que, como tales, tienen el resultado lógico, justo y natural: el producir una obra árida, vacía, estúpida, porque no muestra nada, no persigue nada; es intrascendente, sin importancia... ¡NO EMOCIONA!

Ya no es tan sólo el perjuicio económico material y artístico del momento lo que esta situación acarrea. Hay algo más todavía, algo que viene a reforzar y aclarar más nuestro aserto de que lo perseguido con las censuras es de resultados contraproducentes y hasta nocivos.

En párrafo anterior hablábamos de una película norteamericana, *Con los brazos abiertos*. En este filme se hace ver al espectador, por ejemplo, que en la ciudad de los niños no todos profesan una misma religión. Cada uno de ellos practica aquélla en que su fe está fundada, y cada uno de los chicos, judío o mahometano, católico o protestante, da gracias a “su” Dios, en su propia lengua, y en sus propias oraciones antes de sentarse a la mesa.

En nuestro cine no se puede hacer mención de Dios ni siquiera por labios de una madre, aunque el drama por desarrollarse así lo pida; que un personaje caiga de rodillas y ore ante una imagen no es de concebirse, porque en seguida alguna de las censuras hará caer sobre la escena, o el filme entero en sí, el apoteagma fatal de señalarlo como “propaganda religiosa”.

Parece que se quiere hacer creer al mundo entero que en México no se piensa en Dios, que no se practica ninguna religión. ¿No se nos ocurre preguntar que, tal vez, aquellos que en el extranjero vean nuestros filmes se pregunten, a su vez, si en México somos protestantes, budistas, católicos o mahometanos? ¿Qué somos? ¿Nada?

La base de todo filme dramático es un conflicto. Si es un filme mexicano, por el conflicto que muestra, hemos de preguntarnos: ¿qué factores lo crearon?, ¿qué carácter tienen sus personajes?, ¿qué ambiente y qué influencias formaron estos caracteres? Son todos estos elementos cuanto forma y afecta al conflicto por expresar, la respuesta a cada una de estas preguntas deberá encontrarse en el ambiente, en las costumbres y en los tipos mexicanos.

La influencia que ha ejercido la Iglesia católica sobre nuestras costumbres y caracteres, por ejemplo, es innegable; por ende, en una obra mexicana, los caracteres y el ambiente deben verse afectados, en alguna forma, por un factor como es el de una religión de varios siglos. ¿Por qué, pues, tratar de negarlo o de ocultarlo? Al hacerlo, se incurre en una innecesaria falsedad. El profesar una religión no es motivo de vergüenza. En todos los países civilizados se respetan las religiones y a sus representantes. Sólo en México se hace burla y escarnio de la Iglesia y del sacerdote; al menos tal se pretende reflejar en nuestro cine.

Si lo que se busca con las censuras es el evitar que en nuestro cine se muestren, en toda su crudeza, actos y hechos vergonzosos de políticos y líderes, vamos a explicar el error en que se encuentran al declarar al filme que tal cosa hiciese como “denigrante para México”, según frase tan manida.

Ignoran, quienes ejercen la censura, que el éxito del cine se debe, principalmente, a que el espectador encuentra en el cinematógrafo un mundo muy diferente de aquél en que vive, un mundo que satisface su descontento ante tanta miseria e injusticia como hay en el mundo de la realidad; en fin, un mundo donde el bien siempre triunfa. Ya lo dice Luis Orsetti en su prólogo al libro de Alfonso Longuet, *El cinema y su realidad social*: “El cine es el refugio de los disconformes. El mundo del lienzo es el abrigo de todos aquellos que buscan en la vida algo distinto de aquello que tienen o que están obligados a tener”.

Quiere decir que, para dejar satisfecho al público, “el hombre malo” debe recibir merecido castigo a su debido tiempo. (En el cine, el debido tiempo es el final de la película.) Ahora bien: si el ensayo que se trata de hacer en una cinta explota las oportunidades dramáticas latentes en los ardides de un político o en la inmoralidad de un agente policiaco o en la venalidad de un juez, etcétera, el juez o el agente policiaco o el político habrá de recibir un justo castigo, castigo que habrán de imponerle las autoridades inmediatas superiores. Esto es, que si la obra versa, digamos, sobre un militar que no supo hacer honor a su uniforme y al ejército, la Secretaría de la Defensa Nacional impondrá al milite un justo castigo por su delito.

Lo antes expuesto nos empuja a la conclusión de que el espectador extranjero bien podrá pensar que México, como cualquier otra nación del mundo, cuenta en todas sus actividades con hombres de mala condición, que vienen a complicar la vida de sus pacíficos ciudadanos, al crearles los conflictos que han servido de base para el filme; pero que, al mismo tiempo, México cuenta con instituciones que velan por la tranquilidad pública y el respeto de las leyes.

¿Acaso se nos ha ocurrido pensar, después de ver un filme norteamericano de *gangsters*, que en aquel país todos sus habitantes lo son? *La vida de Emilio Zola*, aquel filme de gratos recuerdos, ¿nos llevó acaso al convencimiento de que en Francia todos los oficiales del ejército galo son espías?

Lo que admiramos y recordamos de un buen filme son las emociones que nos produjo. Sus cualidades artísticas, no su nacionalidad. Mexicana o sueca, si la película encierra algún valor artístico, arrancará aplauso para el filme en sí; después, esto ya en segundo lugar, hará que el espectador comente para sí: “¡Qué gran país debe ser ese que puede crear lo que acabo de admirar!” Pero si lo que se ve es una obra falsa, híbrida y vacía, ¿qué será lo que se le ocurra al espectador?

Para concluir, habremos de repetir lo que ya anteriormente dijimos: mientras contemos en México con una múltiple censura, representada por organizaciones oficiales y extraoficiales y carente, por lo demás, de todo criterio definido, México no podrá contar nunca con una cinematografía que merezca algún respeto. Seguirá siendo lo que es: un arte falso, insulso y timorato, arte (si lo es) que nos pone en evidencia ante el más ingenuo y sencillo espectador. □

○ NOTAS DEL IIH

EVENTOS ACADÉMICOS

En la sede del instituto, se llevó a cabo la mesa “Navegación y comercio en la carrera de Indias, siglos XVI y XVII”, con José Luis Casado Soto y Fernando Serrano Mangas, el 7 de febrero de 2007.

El 27 y 28 de febrero se celebraron los cincuenta años del Seminario de Cultura Náhuatl en este instituto y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Participaron Miguel León-Portilla (fundador del seminario), Rudolf van Zantwijk, Brigitta Leander, Patrick Johansson, Pilar Máñez, José Rubén Romero, Mariluz Suárez, Salvador Reyes y Librado Silva.

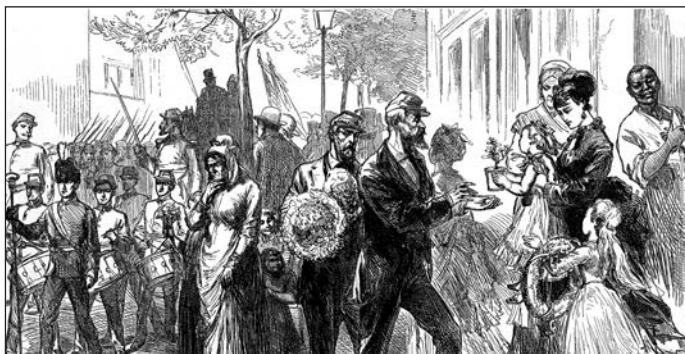
El Congreso Internacional “Hacia la conmemoración del bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspectivas” se llevó a cabo entre el 26 y el 30 de marzo, organizado por este instituto. En este congreso

participaron destacados especialistas. El libro con los trabajos presentados ahí se encuentra actualmente en prensa.

El 26 de abril se realizó en el instituto el Congreso Internacional “América en la cartografía. A 500 años del mapa de Martin Waldseemüller”, con la participación de Juan Gil, Consuelo Varela, Dietrich Briesemeister, Karl Kohut, Sonia V. Rose, Omar Moncada, Rodrigo Moreno, Alicia Mayer, Rodrigo Díaz, Marcelo Ramírez y Miguel León-Portilla.

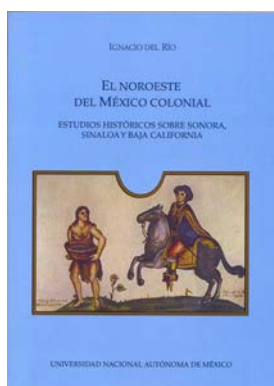
Se encuentra a la venta la versión electrónica de *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, del volumen 1 al 30, en formato de CD-ROM. Informes en: <http://www.iih.unam.mx/>.

A partir del número pasado, el 77, el boletín *Históricas* se encuentra en línea en la dirección: <http://www.iih.unam.mx/>. □



NOVEDADES EDITORIALES

LIBROS



Ignacio del Río, *El noroeste del México colonial. Estudios históricos sobre Sonora, Sinaloa y Baja California*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2007, 214 p. (Historia Novohispana 77).

Selección de catorce trabajos que originalmente fueron conferencias, artículos o capítulos de obras colectivas. La mayor parte de estos trabajos, trece, trata temas coloniales del noroeste de México, y uno se ocupa del aspecto teórico-metodológico de los procesos de aculturación.

Contenido: El sentido de los alcances de la política segregacionista de los jesuitas en las misiones del noroeste novohispano / La inestable capital de la gobernación de Sonora y Sinaloa (1732-1823): una reseña preliminar / Autoritarismo y locura en el noroeste novohispano. Implicaciones políticas del enloquecimiento del visitador general José de Gálvez / Gobernantes para la más remota intendencia de la Nueva España (1787-1796) / De Comayagua a Chihuahua: la trayectoria político-administrativa de Alejo García Conde / Indios, mestizos, criollos y arraigados: los soldados del rey en Sonora y Sinaloa a fines del periodo colonial / Endeudamiento de propiedades rústicas y urbanas en la gobernación e intendencia de Sonora y Sinaloa / El establecimiento del contacto interétnico en la península de California (1697-1702) / Aculturación y resistencia étnica en la California peninsular: la rebelión indígena de 1734 / Reflejo de una crisis en una crónica jesuítica: Sigismundo Taraval y su testimonio sobre la rebelión de los californios del sur / Cazadores-recolectores en la Baja California misional: una tradición cultural en crisis / Los sueños californianos de José de Gálvez / La adjudicación de las misiones de la Antigua California a los padres dominicos / Una propuesta de principios metodológicos para el estudio de los procesos de aculturación.

Fernando Betancourt Martínez, *El retorno de la metáfora en la ciencia histórica contemporánea. Interacción, discurso historiográfico y matriz disciplinaria*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2007, 250 p. (Teoría e Historia de la Historiografía 5).

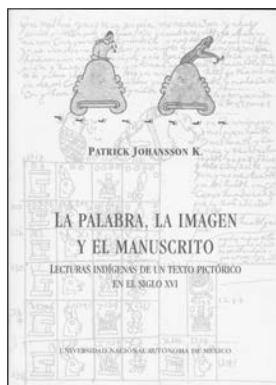
El objeto del presente estudio es desarrollar un ejercicio de autodescripción de la ciencia histórica, tomando como elemento principal el papel que cumple la metáfora en su base disciplinaria. Es un trabajo de epistemología de la ciencia histórica que asume, como premisa básica, la necesidad de introducir un enfoque histórico en dos grandes niveles: en cuanto a la lógica de la investigación histórica y en cuanto al espacio de las representaciones discursivas.



Martin Waldseemüller, *Introducción a la cosmografía y las Cuatro navegaciones de Américo Vespucio*, caja con 3 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto de Astronomía/Instituto de Geografía/Fideicomiso Teixidor/Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2007, CD-ROM y mapas desplegables.

Con el afán de dar a conocer los nuevos descubrimientos, en 1505 Martin Waldseemüller elaboró un mapamundi en el que decidió colocar por primera vez el nombre de “América” para designar a las tierras recién descubiertas por Américo Vespucio. Para facilitar la lectura de este mapa, Waldseemüller escribió la *Cosmographiae introductio* e incluyó en ella, para dar credibilidad al mapa, la traducción al latín de las *Cuatro navegaciones* del explorador florentino. En conmemoración de los 500 años de esta obra, el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM presenta una edición en español, con notas y un estudio introductorio de Miguel León-Portilla. La obra contiene tres volúmenes. El primero es la edición facsimilar de *Cosmographiae introductio* (CIII p. y dos mapas desplegables). El segundo lo constituye la *Introducción a la cosmografía y las Cuatro navegaciones de Américo Vespucio* (152 p., ilustraciones, mapas y cuadro). Por último, el tercer volumen es la *Cosmografía universal según la tradición de Ptolomeo y los descubrimientos de Américo Vespucio y de otros* (CD-ROM y mapa desplegable). En esta edición se incluye el mapamundi de Waldseemüller, tanto en impreso como en versión digital.





Patrick Johansson K., *La palabra, la imagen y el manuscrito. Lecturas indígenas de un texto pictórico en el siglo XVI*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2007, 482 p. (Cultura Náhuatl. Monografías: 29).

De los documentos manuscritos, cuya configuración verbal denota inconfundiblemente el origen pictórico, muy pocos son los que pueden ser cotejados con su fuente. Algunas veces, sin embargo, permanece, si no la fuente directa a partir de la cual se elaboró un texto, por lo menos la copia de este documento pictórico. Tal es el caso de las variantes del relato conocido como *Peregrinación de los aztecas* contenidas en el

Códice Aubin, el *Manuscrito 85* y el *Manuscrito 40*, las cuales presentan similitudes estructurales y de contenido con la versión pictórica del *Códice Boturini*, copia de un documento indígena más antiguo, que podría haber constituido el apoyo visual de los informantes que proporcionaron la versión correspondiente a cada manuscrito.

Consideramos en este libro las tribulaciones editoriales de una variante específica de la *Peregrinación de los aztecas* en sus distintas versiones, la materialidad expresiva que le dio cuerpo en tiempos precolombinos, los contextos orales y pictóricos que enmarcaron su enunciación, las peripecias de su recuperación y de su transcripción al alfabeto en el siglo XVI. Observaremos la historia en su cuerpo mestizo hecho de letras e ilustraciones y trataremos de ver cómo, en ese mismo siglo, y en circunstancias particulares de lectura, la imagen se hizo palabra. □

SECUENCIA

Revista de historia y ciencias sociales

Número 68 mayo - agosto 2007



ARTÍCULOS

Felipe de Jesús Bello Gómez

Immigración y capacidad empresarial
en los albores de la industrialización
de México

Ana María Serna

Periodismo, Estado y opinión pública
en los inicios de los años veinte
(1919-1924)

Edgar Iván Espinosa Martínez

La práctica historiográfica en Nuevo León.
Una arqueología del conocimiento histórico
regional, 1867-1996

Paula Bruno

Un balance acerca del uso de la expresión
generación del 80 entre 1920 y 2000



Informes: Madrid 82, Col. del Carmen Coyoacán,
CP 04100, México, D. F. Tel./Fax 5554 8946 ext. 3108
secuencia@mora.edu.mx

www.mora.edu.mx

Del 30 de agosto de 2007 al 29 de mayo de 2008
Jueves, de 9:00 a 12:00 horas

Módulo I <i>Historia indígena antigua</i> Coordinador: Miguel Pastrana	Módulo III <i>La construcción nacional</i> Coordinador: Alfredo Ávila
Módulo II <i>La Nueva España</i> Coordinador: Jorge Traslosheros	Módulo IV <i>Hacia el México de hoy</i> Coordinador: Sergio Miranda

Objetivo: Presentar una visión general de la historia de México, en la que se muestren las más recientes interpretaciones, temáticas y propuestas de los historiadores profesionales.

Sede: Instituto de Investigaciones Históricas, Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n
Zona cultural, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, DF. 04510
Informes e inscripciones: Luz Mercado, tels.: 56-22-75-16 y 56-22-75-17
Correo-e: dlfih@servidor.unam.mx • www.iih.unam.mx

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Puesto que conocer el pasado es conocimiento de sí mismo, malamente puede justificarse ni menos exigirse esa fría, inhumana, monstruosa indiferencia que la imparcialidad supone. Por lo contrario, hay que admitir con franqueza y alegría que el conocimiento histórico es parcial, el más parcial de todos los conocimientos, o lo que es lo mismo, que es un conocimiento basado en preferencias individuales y circunstanciales; en suma, que es un conocimiento producto de una selección, el conocimiento selecto por excelencia.

EDMUNDO O'GORMAN